

La Situación Económica Internacional y sus Perspectivas

Por VÍCTOR L. URQUIDI

ME ha correspondido la distinción inmerecida de iniciar este ciclo de conferencias* de los Cursos de Invierno de la Escuela Nacional de Economía disertando sobre la situación económica internacional y sus perspectivas, tema que, según entiendo, habrá de servir de teñón de fondo a los conferencistas sucesivos para tratar de discernir las consecuencias de esta situación en la economía mexicana. No sé si felicitarme o compadecerme de que me haya tocado este tema, sobre el cual la prensa y los boletines especializados vienen publicando abundantes noticias desde hace varios meses. No creo poder decir nada nuevo y, en cambio, en materia tan nebulosa como ésta corro a la vez el riesgo de los recientes pronósticos de tiempo: de no atinar a informar correctamente si hay que salir a la calle con traje ligero, con abrigo o, además, con botas para la nieve. En todo caso, el examen de los datos disponibles ha sido para mí un ejercicio útil y procuraré exponer lo que de ellos he podido sacar en claro. Y antes de someter a ustedes a este martirio, quiero agradecer al señor Director de la Escuela, licenciado Torres Gaitán, la gentil invitación que me hizo a participar en estos cursos y a estar en esta casa universitaria.

Me veo precisado a hacer una aclaración más: el hecho de que sea yo funcionario de las Naciones Unidas, que entre paréntesis pudiera hacerles creer que estoy muy bien informado acerca de la situación económica mundial —cosa que de antemano me veo precisado a refutar— no significa, por otra parte, que en lo que sigue vaya yo a expresar puntos de vista imputables a esa organización. Antes bien, se tratará de apreciaciones exclusivamente personales, sobre todo las que de toda evidencia estén erradas.

Salvadas estas responsabilidades, quisiera insinuar a ustedes considerar el tema de la economía internacional desde dos puntos de vista: por un lado, la situación económica interna de los principales países industriales de economía no planificada; por otro, las repercusiones que en el comercio y los precios mundiales tiene o puede tener esa situación interna.

Respecto a lo primero —y me refiero principalmente al estado y ritmo de la actividad económica en los Estados Unidos, aunque también a los países del occidente europeo, es decir, a todos los de preponderante influencia en la economía latinoamericana, que es lo que nos interesa por ahora— cabe simplemente afirmar de una vez lo que todo el mundo sabe: se ha iniciado ya una fase cíclica descendente que, llámese con el eufemismo que más plazca —“recesión” y otros términos— representa un descenso de la actividad económica general que requerirá medidas compensatorias inmediatas para evitar que se torne acumulativo y repercuta honda y permanentemente

* Conferencia leída en los Cursos de Invierno de la Escuela Nacional de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F., 27 de enero de 1958.

en el nivel de vida de los propios países industriales y, quizá aún más, en el de los países exportadores de productos primarios.

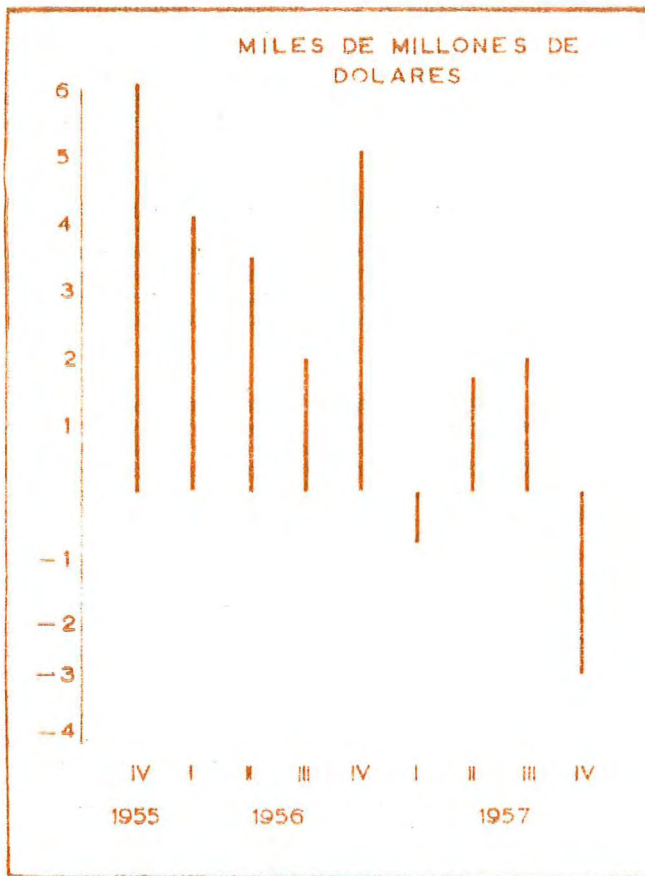
A mediados de 1957 y, en forma más definida, en los últimos meses, los índices comúnmente aceptados de la actividad económica norteamericana —de la que depende en gran parte la actividad en el resto del mundo occidental— acusaron debilitamiento y descensos: para fines de año, los datos mensuales o trimestrales sobre el monto del producto bruto, el ingreso personal, los gastos de los consumidores, la inversión privada, la producción industrial, el volumen de empleo, el número de horas trabajadas, el tráfico ferroviario y otros, en Estados Unidos, habían descendido; además, el alza de precios, que había venido preocupando a las autoridades durante el año, dio señas de menguar; los tradicionales índices bolsísticos bajaron igualmente.

Sin pretender una enumeración completa, que por lo demás sería aburrido recital estadístico, vale la pena citar algunas cifras recientemente publicadas.¹ El producto nacional bruto de los Estados Unidos en el último trimestre del año fue cerca de 1.5% inferior al del trimestre anterior a precios corrientes, lo que en términos reales significa una baja ligeramente mayor ya que los precios se elevaron. El ingreso personal total descendió alrededor de 1% en los últimos cuatro meses del año. Los gastos de los consumidores se redujeron 1,000 millones de dólares en el último trimestre, suma proporcionalmente muy pequeña, pero significativa por ocurrir al final del año. El índice de volumen físico de la producción industrial, que alcanzó su máximo en diciembre de 1956, descendió a lo largo del año de 1957, sobre todo a partir de septiembre; en diciembre el descenso era ya de 6% respecto a agosto y de 7.4% con relación a diciembre anterior. La producción de acero se redujo en diciembre al 70% de la capacidad instalada, contra 80% un mes antes y 95% en 1956; en cifras absolutas la producción de acero en 1957 se estimó en 112.5 millones de toneladas, contra 115.2 en 1956, pero la tendencia fue descendente durante todo el año de 1957. Se registraron bajas en casi todos los renglones importantes de bienes duraderos, equipo y maquinaria —productos metálicos, vehículos, maquinaria eléctrica, etc.— así como en petróleo y derivados y en la minería; en cambio, hubo aumentos en algunos bienes no duraderos, más que nada los productos

¹ Departamento de Comercio de los Estados Unidos, *Survey of Current Business*, diciembre de 1957; Informe Económico Anual del Presidente de los Estados Unidos al Congreso, citado en *The New York Times*, 21 de enero de 1958; y fuentes citadas en el *Boletín Quincenal* del Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, México, vol. 4, núms. 1 y 2. Véanse también *The Economist*, Londres, 4 de enero de 1958, pp. 8-9; y los números de la primera semana de enero del *Financial Times* de Londres. Agradezco al señor Miguel Wionczek el haber llamado mi atención sobre varios importantes artículos aparecidos en estas publicaciones.

químicos. Paralelamente a la baja de la producción industrial sobrevino, en los últimos meses, un decaimiento del nivel de empleo, como de un 2% respecto al nivel máximo alcanzado en agosto, pero inferior también al de los últimos meses de 1956. El promedio de horas semanales trabajadas por obreros industriales bajó de unas 40 a unas 39, o sea un 2.5%; también se redujo el promedio de horas extraordinarias, en proporción algo menor. La desocupación se elevó no sólo en términos absolutos —un total de 3.2 millones en noviembre y quizá algo más en diciembre, o sea, 700,000 personas más sin trabajo que un año antes— sino también relativos —de 4.3% de la fuerza de trabajo civil en septiembre de 1957 a 5.2 en diciembre. El tráfico ferroviario de carga declinó 16% en el curso del año. Finalmente, como elemento de gran significación y repercusión, el monto total de las existencias o inventarios, que se había elevado muy moderadamente hasta mediados de año y otro poco en el tercer trimestre, sufrió un descenso intenso durante el último trimestre, al cual se atribuyen las bajas ocurridas en otros renglones mencionados. En relación con esto, y no obstante que para el año de 1957 en su conjunto el valor de la inversión privada no tuvo precedente, en los últimos meses este elemento de la demanda detuvo su ascenso y, según previsiones, acusaría una baja de cierta importancia en el primer trimestre de 1958, posiblemente del 5%.

E.U.A.: CAMBIOS EN LAS EXISTENCIAS



Este es el panorama general. Se afirma que el año de 1957 en su conjunto fue muy favorable; pero tras esta aseveración se ocultan las tendencias declinantes que he señalado. Por supuesto que no dejó de haber aumentos en determinados renglones o conceptos, tales como las construcciones, los gastos del sector público (que pesan mucho en el total) y el saldo positivo del comercio exterior. Este último elemento, como es natural, no puede sostenerse en vista de las consecuencias que en el resto del mundo tienen las disminuciones antes señaladas de la producción, el ingreso, etc. Haré mención más adelante de este fenómeno, así como del significado de un creciente gasto público.

La situación interna no ha sido tan desfavorable en otros centros industriales. En Europa occidental la tendencia de la producción industrial en 1957 fue al alza, si bien con menos

impulso que en 1956, sobre todo en los últimos meses; es decir, empezaron a sentirse algunos efectos del descenso norteamericano, por más que no debe olvidarse que los países europeos se han beneficiado, al menos inicialmente, de las bajas de los precios de los productos primarios. Algunos países semi-industrializados como Canadá, Japón y Australia, que dependen en alto grado de su comercio exterior, manifestaron, en cambio, en 1957, claros indicios de crisis. Tanto éstos, como los de Europa, han visto agravarse ya sus dificultades de balanza de pagos y, por lo tanto, cambiarias. Según la Comisión Económica de Europa de las Naciones Unidas, la escasez de divisas en Europa es ya un freno adicional a la expansión industrial.¹

Al hacer referencia a los centros industriales europeos y otros, se entra implícitamente al segundo aspecto de la situación económica mundial que interesa examinar, o sea la repercusión del descenso de la actividad industrial norteamericana en los precios y el comercio mundiales. Han ocurrido a lo largo de 1957, y aun desde 1956, fenómenos bien conocidos y claros: descensos de cierta consideración de los precios internacionales de la mayoría de los productos primarios. Sin embargo, no pueden atribuirse directamente al descenso reciente de la producción industrial de Estados Unidos, sino a una serie de factores anteriores, no todos provenientes del lado de la demanda, que han debilitado las cotizaciones. El menor ritmo de acumulación de existencias en general se ha mencionado ya. A esto debe agregarse que en 1957 el acervo de materiales estratégicos del gobierno norteamericano dejó de incrementarse. Por otra parte, el propio gobierno prosiguió una política de venta o colocación de excedentes agrícolas en cantidades considerables. Europa, por razones de balanza de pagos y otras, ha fomentado la producción de productos primarios en sus territorios de ultramar. Y de algunos productos los excedentes se originan en parte en sobreproducción de los países de mayor suministro tradicional, como ocurre con el café.

Pero como quiera que sea, los precios de los productos primarios, casi sin excepción, continuaron declinando en 1957, al tiempo que se elevaban los de las manufacturas. Es decir, los países menos desarrollados, que descansan en exportaciones de alimentos y materias primas, sufrieron una mengua de su relación de precios del intercambio y, a menos que se compensara por un aumento del volumen de la exportación —cosa ya excepcional en 1957— se tradujo ello en un descenso de su capacidad para importar. Por lo que hace a América Latina, ésta era la situación en la primera mitad de 1957 y probablemente también en el resto del año,² con las consiguientes consecuencias en el equilibrio de sus pagos.

Un breve examen de los precios de algunos productos importantes —sobre todo los significativos para América Latina— permite apreciar el alcance de este fenómeno. Sin ir muy lejos, tomando 1954 como base de comparación —año en sí no muy favorable— se tiene que en 1957, fueron inferiores los precios de los siguientes productos, en las proporciones indicadas: algodón (23 a 24%), café (23 a 32%) cacao (50 a 60% en el primer semestre, con recuperación de cerca de la mitad de la pérdida hacia fines del año), carnes (20%), cueros (10 a 15%), trigo (5%), cobre (23 a 25%), estaño (2 a 3%), plomo y cinc (10 a 15%), quebracho (10 a 12%), copra (15%) y lana (5%).³ Estas cifras las doy en forma aproximada porque hubo fluctuaciones de mes a mes. En algunos casos el solo descenso entre 1955 y 1956, o entre 1956 y 1957, es decir, en un período de doce meses, fue de la magnitud señalada, o aún mayor, como ocurrió con el cacao, el algodón, el café, los cueros, el cobre, el cinc, el plomo y el estaño. En la mayoría la tendencia a lo largo del año, de mes a mes y en su proyección hacia 1958, ha sido descendente. En varios casos, los niveles actuales de cotizaciones son ya inferiores a los de 1948 o se acercan mucho a éstos, por ejemplo, tratándose del algodón, el trigo, la copra, el cinc, el plomo, el estaño y el cobre.

Tendencias contrarias sólo se registraron en 1957 en el banano (de 14 a 20% de aumento sobre el nivel de 1954), el petróleo (incremento de 9%), el hule (de cerca del 30%) y el azúcar, sobre todo el cubano de mercado libre (que

¹ *The Financial Times*, Londres, 19 de diciembre de 1957, p. 2.

² CEPAL, *Boletín Económico de América Latina*. Vol. II, No. 2, octubre de 1957, pp. 1-6.

³ Véanse Fondo Monetario Internacional, *International Financial Statistics*, enero de 1958, y CEPAL, *Boletín Económico de América Latina*, op. cit.

duplicó su precio de 1956 a 1957).¹ En estos casos las cotizaciones de 1957 fueron a su vez superiores a las de 1948 en proporción parecida.

En fin, no creo que hagan falta más cifras para ilustrar el fenómeno de que vengo hablando, respecto al que se ve uno obligado a concluir, además, que no es probable que se presente un gran alivio durante 1958, a juzgar por las perspectivas generales de actividad económica en los países industriales, por la posibilidad de que se den medidas protectoristas contra la importación de algunos productos primarios en dichos países, por la existencia de excedentes agrícolas, por la aparición de nuevas fuentes de suministro en los territorios no autónomos y por la situación peculiar de ciertas mercancías como el café. Parecería necesario, al menos, reactivar el pensamiento y la acción dirigidos hacia formas de lograr una mayor estabilidad de los precios de los productos primarios.

Por otra parte, los países exportadores de estos productos —que, salvo contadas excepciones, no han podido seguir políticas económicas suficientemente previsoras para enfrentarse a situaciones como la actual— se encuentran, como tantas veces en el pasado, ante circunstancias que pueden afectar adversamente su ritmo de crecimiento. Se comprueba una vez más que los descensos de la actividad en los países industriales y la inestabilidad de los precios internacionales afectan hondamente el ritmo y la perspectiva de evolución de los países poco desarrollados, y que la corriente de inversiones, préstamos y ayudas internacionales no puede, aun suponiendo que se produzca en montos considerables, remediar la falta de demanda internacional de productos primarios.

Interesa, por lo tanto, tratar de hurgar un poco más en las características de la actual crisis económica exterior, particularmente para intentar su proyección en 1958 y, de consiguiente, poner más al descubierto las alternativas que se presentan a los países en que dichas situaciones repercuten más. Tres cosas llaman mucho la atención del descenso actual de actividad económica en los Estados Unidos: primero, que de hecho fue previsto por muchos analistas; segundo, que parece que no ha habido alarma acerca de la situación, o, mejor dicho, que se está aceptando como cosa normal, tal vez porque varios de los índices de descenso son en términos norteamericanos proporcionalmente muy pequeños; y tercero, que pocas voces autorizadas consideran que se trate de una baja cíclica de más de 6 u 8 meses de duración. Se han hecho abundantes paralelos con el descenso relativamente breve de 1953-54. A su vez, las medidas compensatorias tomadas o anunciadas por las autoridades norteamericanas han sido exclusivamente de orden monetario y bancario, tendientes a abaratar el crédito y facilitar su expansión. No se sabe, hasta ahora, que entren en juego grandes medidas de política fiscal y presupuestal, ni de regulación de precios internacionales, ni otros medios de fortalecer la capacidad del resto del mundo para pagar importaciones procedentes de los Estados Unidos.

¿No habrá un exceso de optimismo? O bien, ¿por qué se muestran tan tímidos los tradicionales pesimistas? No me quiero clasificar en ninguna de estas posiciones, ni pronunciar en un sentido o en el otro, ni mostrarme alarmista, sino hacer algunas reflexiones sobre el problema. Cada quien sabrá sacar conclusiones, o quedar en el terreno neutro de decir que la situación no es ni tan buena ni tan mala, sino regular, como esas fotos de la página social que describen a una novia como "gentil", por no ser bonita ni poder decirse que sea fea.

No por tratarse de un documento de las Naciones Unidas, sino porque me parece un análisis económico atinado, quisiera hacer primero referencia a algunas consideraciones que aparecieron a principios de 1957 en el informe de esa

organización sobre la situación económica mundial correspondiente a 1956. "La visibilidad económica —anunciaba el informe (y vean ustedes de nuevo la afición meteorológica de los economistas)— se ha reducido en forma preocupante en 1957; desde las cumbres hasta las que se ha ascendido, el panorama económico se ve más nublado que de costumbre".² Hacía ver a continuación que durante 1956 el crecimiento de la demanda mundial fue más lento que en 1955, y que en casi todos los países se manifestaba ya un ritmo industrial más lento. A pesar del incremento de las inversiones privadas, la incertidumbre arreciaba y se apostaban centinelas para dar aviso de los primeros indicios de tendencias deflacionarias. No sólo disminuía en 1956 el impulso inversionista privado, sino que la política oficial en muchos países se dirigía a tomar medidas monetarias y crediticias para frenar la expansión.

Siendo la situación de 1956 una de las primeras en muchos años que se podía caracterizar de ascenso cíclico normal —es decir, desprovista de demandas acumuladas insatisfechas, de gastos extraordinarios y deficitarios de defensa, de puntos de estrangulamiento agudos en determinadas industrias y de dificultades muy graves de balanza de pagos en el resto del mundo, es indudable que en 1957 se pondría verdaderamente a prueba la capacidad de las economías industriales para encontrar el medio de crecer con estabilidad, es decir, de mantener niveles crecientes de actividad y empleo sin generar impulsos inflacionarios o deflacionarios inconvenientes. Es esa la prueba de la que no parecen estar saliendo muy airoso las economías industriales en este momento, tal vez por no haberse percibido a tiempo en ellas los factores declinantes latentes en la situación y, en cambio, haberse seguido combatiendo las manifestaciones monetarias alcistas que eran, sin duda, una pista falsa.

Para los países exportadores de productos primarios era ya manifiesta una parte de los factores de descenso: el poder de compra de las exportaciones principales y, en consecuencia, la capacidad para adquirir productos industriales, sobre todo de los Estados Unidos, en etapas posteriores, venía disminuyendo, como lo revelan las tendencias de las cotizaciones que he mencionado.

La otra parte del complejo descendente no era tan evidente y consiste —simplemente, si se quiere— en que, como dice el informe de las Naciones Unidas a que me referí hace poco, "una economía industrial afronta el dilema de que necesita estar en continuo movimiento hacia adelante para poder mantenerse en equilibrio: no puede detenerse en su camino por mucho rato, pues pronto retrocedería".³ La inversión neta desempeña dos papeles a la vez, que no son simétricos: como elemento de la demanda efectiva da salida a la producción que se realiza con la capacidad industrial existente, y constituye por otro lado un incremento de esta capacidad. Luego —y vuelvo a citar el informe— "mientras un monto absoluto constante de inversión absorbe un volumen de producción invariable proveniente de la capacidad de que ya se dispone, ésta está aumentando continuamente: por lo que un monto constante de inversión tiende a distanciar, crecientemente, la demanda efectiva y la capacidad. A menos que la inversión y otros elementos de la demanda efectiva —sigo citando— puedan crecer de continuo para compensar el crecimiento de la capacidad, el exceso de ésta y la desocupación obrera no tardan en aparecer".⁴ Esta explicación analítica, escrita hace un año, corresponde bastante bien, a mi juicio, a lo que ha pasado después en los Estados Unidos en el curso de 1957, en especial en los últimos seis meses.

La insuficiencia de la demanda, implícita en la situación reciente, se complica porque existen desajustes sectoriales,

¹ Sobre las circunstancias particulares de este mercado es de mucho interés el trabajo de José Antonio Guerra, "El convenio internacional del azúcar", *El Trimestre Económico*, Vol. XXIV, núm. 2, abril-junio de 1957, pp. 111-142.

² Naciones Unidas, *World Economic Survey 1956* (Informe sobre la situación económica mundial), Nueva York, 1957, p. 3.

³ *Ibid.*, p. 4.

⁴ *Ibid.*

de manera que el temor de agravar los puntos de escasez creando en ellos exceso de demanda conduce a una política general de procurar abatir un poco la demanda en todos los sectores, lo que acentúa los excesos de capacidad en muchos de ellos. Así por ejemplo, las industrias textiles y alimenticias en Estados Unidos y en otras partes, hace tiempo que no han trabajado a plena capacidad. Esto puede ser manifestación de un fenómeno de carácter más profundo que hoy día está ejerciendo mayor influencia que antes: un cambio en la estructura de la demanda al cual la estructura de la oferta no puede adaptarse con prontitud. Este fenómeno estructural —que ha sido explicado abundantemente en la literatura teórica es muy difícil de corregir por medio de simples medidas de regulación monetaria y crediticia, lo mismo en un país industrializado que en uno en proceso de desarrollo; en el fondo, requiere una reorientación de la inversión, sea pública o privada, a la vez que medidas fiscales y otras que incidan en la composición de la demanda. Y ningún hueso hay tan duro de roer para la política económica. La propensión a proteger inversiones para las que ya no hay demanda suficiente y la tendencia a resistir medidas que favorezcan la demanda de los grupos de bajo ingreso frente a los de alto ingreso, son, por desgracia, fuertes realidades. Y frente a estas realidades aparecen, claro está, los excedentes de capacidad y de producción y los descensos periódicos del volumen de existencias y de los precios de los productos primarios. El fenómeno es objeto de comprensión analítica, al menos en algunos sectores, pero todavía no de solución práctica.

He querido extenderme ligeramente sobre este punto, porque creo que es menester tenerlo en cuenta en la perspectiva de la situación actual en el exterior. Si tiene validez, como me atrevo a sostenerlo, el criterio de la insuficiencia de la demanda, la explicación de que el descenso del nivel de actividad y empleo en Estados Unidos se debe a la disminución de la tasa de acumulación de existencias y a su posterior disminución absoluta, peca de simplista y de hecho no explica, sino que tan sólo describe. Importa mucho insistir en ello porque quienes consideran que el aumento de existencias, que tiene que sobrevenir al no poder éstas descender más allá de cierto punto, pondrá de nuevo en marcha normal la actividad industrial, tal vez no estén apreciando en su integridad el problema y bien pueden, por ello, aconsejar soluciones insuficientes o tardías. Todos sabemos que después de la nevada y los "nortes" la temperatura acaba por subir; pero la nieve sigue pegada a muchas laderas de montañas y escurriendo hacia los poblados, y el alza de la temperatura por sí sola no vuelve a colocar en su sitio los tejados hundidos ni a revivir el ganado muerto por congelamiento. Y perdón por esta nueva incursión meteorológica.

El hecho es que, hasta donde se puede apreciar por los informes oficiales publicados en Estados Unidos y algunos comentarios de prensa y opiniones de banqueros y economistas, se juzga que para mediados de 1958 la economía norteamericana habrá reanudado su marcha ascendente. En apoyo de esta tesis se citan varios factores. En primer lugar, la inevitabilidad del aumento de las existencias comerciales e industriales, lo cual estimulará la producción de inmediato. En segundo término, se hace ver que el solo anuncio de mayores gastos públicos, especialmente en renglones militares, a partir de julio de 1958, constituye de por sí un incentivo a corto plazo para aumentar la actividad de las empresas industriales y elevar las existencias de materias primas y semi-elaboradas, y que se empezarán a colocar pedidos adicionales de defensa aun antes de que entre en vigor el nuevo presupuesto federal; es decir, aun cuando el gasto público aumentado no se realice aún, ocurrirán gastos de inversión privados y mayores volúmenes de producción como "consecuencia anticipada" —si se me permite esa expresión— de dicho gasto. Todo esto va acompañado de algunas medidas bancarias: reducción de tasas de redescuento, con el consiguiente abaratamiento del crédito y su mayor disponibilidad; rebaja de las

proporciones de efectivo exigidas para la compra de valores; y mayores facilidades para constituir créditos hipotecarios. Se cita también el efecto estimulante de la provisión de mayores fondos para los programas de vivienda y de construcción de edificios públicos. Y se recalca, por último, el efecto de los llamados "estabilizadores automáticos", es decir, el mecanismo de pagos en efectivo resultantes de los seguros contra la desocupación, otras prestaciones que tienden a mantener a elevado nivel el ingreso personal total y, por lo tanto, la demanda ejercida por los consumidores, y la menor incidencia de los impuestos sobre la renta.

Frente a estas apreciaciones relativamente optimistas —y salvo medidas más enérgicas en las próximas semanas— lo menos que se puede decir —y en estos acompaño a la opinión del semanario inglés *The Economist*¹ y a la del profesor norteamericano Samuelson²— es que es difícil que el descenso cíclico quede superado para mediados del presente año. Para que así fuera tendría que ocurrir un aumento casi vertical de la inversión privada en los Estados Unidos, en oposición completa a las previsiones ya hechas para el primer trimestre, que son de descenso. Recuérdese lo que significa un monto constante de inversión para apreciar lo que quiere decir un monto descendente durante varios meses. O bien el gasto público tendría que ser más acelerado de lo que se ha anunciado hasta ahora. O, en fin, los consumidores cambiarán de actitud e incrementarán su gasto total suficientemente para contrarrestar con creces el debilitamiento de otros elementos de la demanda global. Este es un factor que ha dado más de una sorpresa en los Estados Unidos y echado por tierra los pronósticos de economistas muy respetables. No ambicionando esta caracterización y sin haber estudiado a fondo el problema, prefiero permanecer neutral acerca de este punto, que, se afirma, depende mucho del humor en que se encuentren las amas de casa norteamericanas.

Queda por evaluar un componente de la demanda global de la economía norteamericana en que interviene activamente el resto del mundo: el saldo positivo de bienes y servicios en las transacciones con el exterior. No puedo expresarlo mejor que citando el siguiente párrafo del Informe Económico anual que rindió el Presidente de los Estados Unidos hace una semana al Congreso de ese país: "La demanda extranjera, por otra parte, probablemente ejercerá por ahora influencia moderadamente restrictiva sobre la actividad económica. Entre las razones de ello están la desaparición de circunstancias especiales que motivaron parte del aumento intenso de las exportaciones norteamericanas en 1956 y a principios de 1957, la reducción del ritmo de expansión económica en el extranjero y la posición de divisas más tensa de algunos otros países. Si bien es evidente que se reducirá la demanda de Estados Unidos de ciertas categorías de importaciones, parece probable que las exportaciones descenderán más que las importaciones. Este fenómeno, unido a otras transacciones económicas internacionales, traería consigo otra disminución, aunque quizá modesta, de la inversión neta en el exterior (es decir, del saldo positivo de bienes y servicios) y, en consecuencia, del estímulo a la producción y al empleo que pueda venir de este sector".³ En otras palabras, no puede preverse, a menos que ocurran cambios inesperados en la corriente de capital norteamericano hacia el exterior o en el uso que los demás países hagan de sus reservas monetarias, que la balanza de pagos favorable de Estados Unidos compense a corto plazo la insuficiencia interna de la demanda. Esto sin contar con que esa balanza de pagos favorable a Estados Unidos es desfavorable al resto del mundo en circunstancias en que, debido a los bajos precios de las materias primas, la capacidad para importar se debilita y la escasez de dólares se agrava.

¹ *The Economist*, 4 de enero de 1958, p. 9.

² Paul A. Samuelson, "American business faces a critical year of readjustment", *The Financial Times*, Londres, 10. de enero de 1958, p. 11.

³ *The New York Times*, 21 de enero de 1958, p. 16.

Si se dejara uno llevar por estos razonamientos un poco lúgubres acabaría uno por buscar paralelos con la gran crisis mundial de 1929, que en el fondo tuvo por causa una insuficiencia de inversiones, como la crisis actual. Creo, fundadamente, que la perspectiva de una crisis tipo 1929-1932 no figura dentro del cuadrante. Aparte de que se han tomado ya algunas medidas estabilizadoras y estimulantes, no puede repetirse ahora en Estados Unidos la insensata e incontrolada especulación bolsística de aquella época que culminó en el pánico y la debacle de octubre de 1929 y que, junto con la sobrevaluación de la libra esterlina, contribuyó tan decisivamente a provocar la caída de la demanda global en los años sucesivos. Hoy día existen en Estados Unidos otros elementos positivos, que sólo voy a enumerar sin entrar a analizarlos: la mejor estructura bancaria e institucional, la distribución más equitativa del ingreso, la regulación de las emisiones de títulos por las sociedades anónimas, la política de empréstitos, inversiones y ayudas al exterior sobre bases más firmes y duraderas, la política de compensación automática del ingreso agrícola y del ingreso obrero y la flexibilidad del sistema tributario. A todo esto deben agregarse el mejor conocimiento del proceso de crecimiento económico y de los factores que lo determinan, con base en estadísticas cada vez más completas y mejores; y la conciencia clara y decidida de todos los sectores, públicos y privados, en pro de medidas que impidan fluctuaciones intensas de los niveles de producción y empleo.¹

El uso del término *intensas* me lleva nuevamente a considerar la repercusión de la actual fluctuación económica norteamericana sobre la economía de los demás países. Como expliqué antes, muy pocos de los índices de la actividad interna en Estados Unidos acusan movimientos proporcionalmente significativos, y está bastante generalizada la opinión de que ante lo ligero de las fluctuaciones las medidas correctivas actuales son suficientes para llegar con tranquilidad a mayores niveles de actividad dentro de pocos meses. Aparte del problema de desajuste entre la estructura de la demanda y la de la oferta que analiza el informe de las Naciones Unidas a que me he referido y que entraña peligros más duraderos de insuficiencia de la demanda, creo que es necesario advertir que en los países que comercian con los Estados Unidos, las repercusiones de esas fluctuaciones *leves* pueden ser *intensas* y de *más larga* permanencia. El hilo siempre revienta por lo más delgado, y lo más delgado para nuestros países son los precios a que se venden nuestros productos primarios. Ya vimos que éstos sí han tenido descensos *intensos*, y que ocurrieron antes de que bajara ningún índice de actividad interna en Estados Unidos o Europa. Tendrá que recuperarse considerablemente la producción industrial en estos centros para que se invierta la tendencia de nuestros precios de exportación. En otros términos, para los países exportadores de productos primarios el descenso cíclico ya se había manifestado desde 1956 y probablemente durará algunos meses más allá de la fecha en que se considere que el temporal económico haya pasado en los países industriales.

Si esto es así, es decir, si el descenso cíclico norteamericano se prolonga más allá de mediados de 1958, y sus efectos en nuestra capacidad para importar son de más larga duración aún, vale la pena reflexionar brevemente sobre lo que ello pueda significar en términos generales para el desarrollo económico de nuestros países.

Este se encuentra permanentemente constreñido, entre otras causas, por la insuficiencia de divisas, resultante de las tendencias débiles de crecimiento de la demanda mundial de productos primarios. No es posible en esta ocasión entrar en amplias consideraciones sobre este tema y tendrán que bastar algunas afirmaciones escuetas. La industrialización, acompañada del mejoramiento técnico de la agricultura, es el único medio de elevar el nivel de vida y productividad, y absorber la creciente fuerza de trabajo. Ello entraña elevar el nivel de la inversión pública y privada y orientar los recursos hacia los incrementos más importantes y productivos de la capacidad de producción; supone también elevar la demanda y adecuarla a la naturaleza de la inversión, es decir, crear la capacidad de compra necesaria. Pero los bienes de capital, en su mayoría, tienen que importarse, y por más que se sustituyan impor-

tantes renglones de importación de bienes de consumo, materias primas y combustibles, las necesidades de bienes de capital suelen ser superiores a la disponibilidad de divisas con que pagarlos. En consecuencia, si se debilitan los precios internacionales y se reduce, aun cuando sea transitoriamente, la demanda de productos primarios, los países en proceso de desarrollo y que no cuenten con abundantes reservas de divisas tienen que sacrificar su consumo —hasta cierto punto posible tratándose de importaciones no esenciales— o disminuir su ritmo de inversión por falta de bienes de capital. Este tipo de reajuste, que suele inducir procesos inflacionarios en ciertos sectores y que desalienta u orienta mal a la inversión privada, retrasa el desarrollo, eleva las discrepancias, ya grandes, entre los países industrializados y los no desarrollados, y repercute a su vez en los componentes de la demanda global de los países industriales.

Ante circunstancias como éstas —y teniendo en cuenta consideraciones de más largo alcance como la tendencia decreciente de la elasticidad-ingreso de la demanda de alimentos en los países desarrollados²— se puede apreciar que el camino que deben recorrer los países que están en vías de industrializarse es bastante pedregoso. Salvo mayores recursos de origen externo no derivados de las exportaciones —es decir, préstamos e inversiones— o renovados intentos internacionales de mantener dentro de fluctuaciones razonables los precios de los productos primarios, no queda otra alternativa que hacer mayores esfuerzos por mejorar y racionalizar las políticas de desarrollo con recursos propios, haciendo el mejor y más económico aprovechamiento de las divisas propias. Y ante situaciones como la presente hay que poner en juego todos los medios de defensa posibles contra los efectos adversos de las fluctuaciones venidas de fuera. Hay casos, desde luego, de países mejor habilitados que otros para resistir estas situaciones y que a su vez han seguido antes políticas de desarrollo más adecuadas; pero el panorama general es el que he indicado.

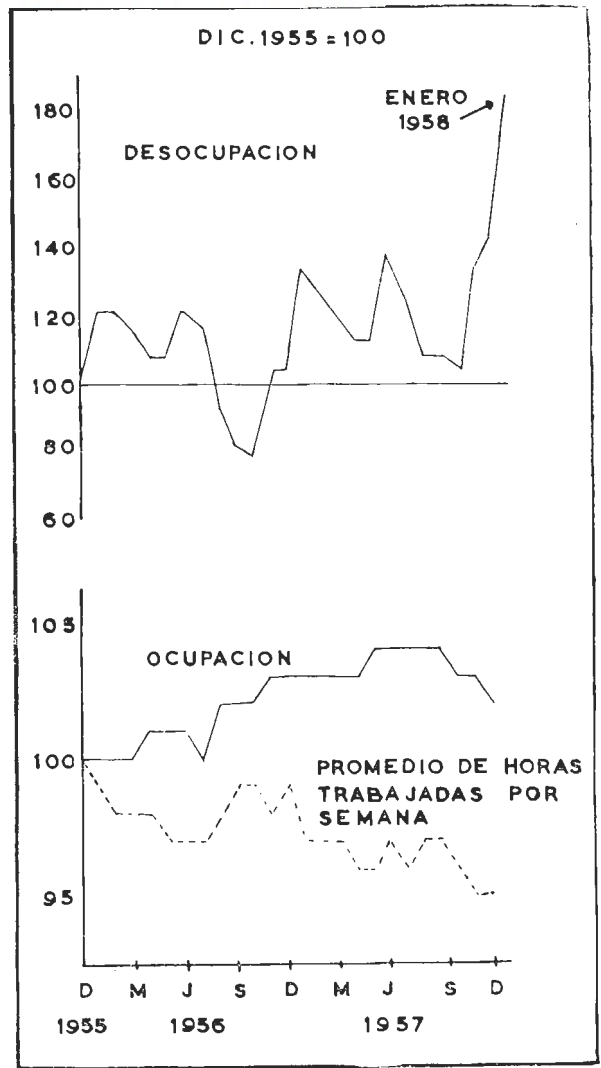
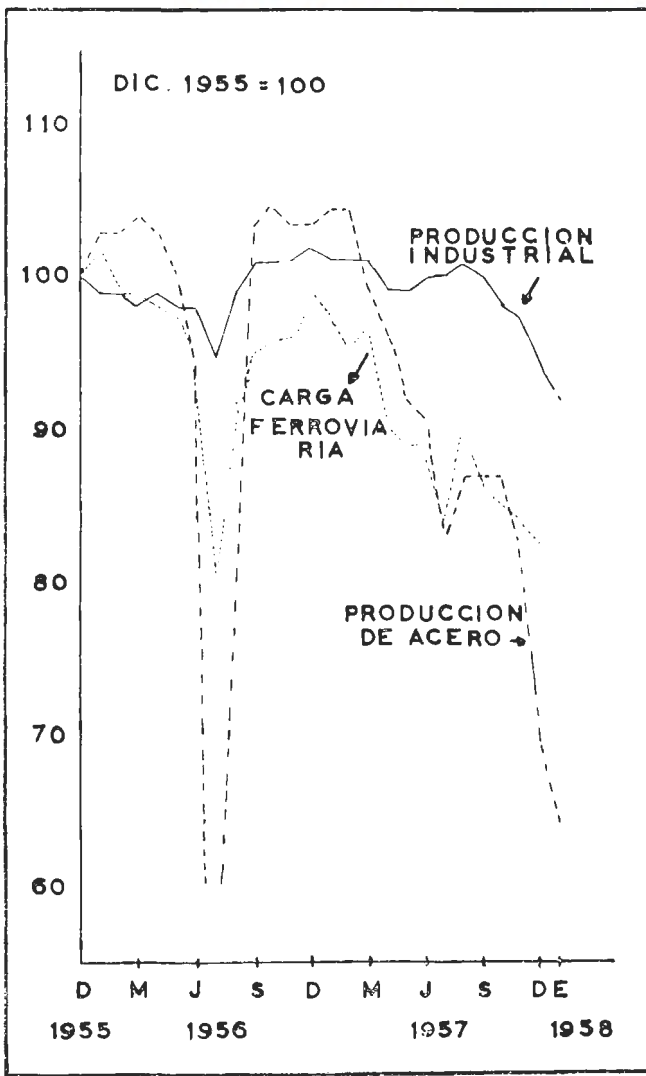
Llegado a este punto, veo que no estoy diciendo nada nuevo y, en cambio, advierto una propensión marginal a salirme del tema más inmediato. La perspectiva exterior siempre incierta de los países menos desarrollados ofrece incertidumbres aún mayores en los próximos meses. Por lo tanto, es una oportunidad más para que, sin perder la fe en nuestra capacidad para desarrollarnos, tratemos de llevar a la práctica medios más eficaces de crecer firme y establemente. Lejos de desalentarnos ante un debilitamiento de la economía internacional que está fuera de nuestro alcance corregir pero que hay que mirar con realismo y con esperanza de que se contrarreste a tiempo, debemos dedicarnos con espíritu maduro y sensato a la tarea de fortalecer nuestras economías. Y por esto no sólo quiero decir que hagamos un mayor esfuerzo de introspección sino que nos tendamos la mano unos a otros, aquí en América Latina, para tratar de encontrar soluciones adicionales, en mutua cooperación, que refuercen los impulsos tradicionales y de largo plazo que el desarrollo económico pueda recibir del exterior. Entre esos medios adicionales, merecen estudiarse con detenimiento, las posibilidades concretas de crear y ensanchar, sobre bases recíprocas, los propios mercados latinoamericanos para los productos de determinadas industrias de nuestros propios países. Y nunca es tarde para promover una mayor cohesión entre los países latinoamericanos en materia de política económica, particularmente con vistas a la expansión de los mercados de nuestros productos y a la regulación de los precios internacionales. No podemos aislarnos, obviamente, de las fluctuaciones exteriores; pero quizá aprendamos poco a poco a amortiguarlas con mayor eficacia. Por fortuna, la cooperación latinoamericana se torna cada día más efectiva y la comprensión de los problemas del desarrollo evoluciona a pasos agigantados.

Mas volviendo por última vez al tema más concreto de esta conferencia y porque supongo que debe uno terminar con alguna conclusión clara y precisa, me armaré de valor y haré la siguiente afirmación: que si bien la perspectiva inmediata de la economía internacional y de la actividad económica en los países industriales parece ser menos buena de lo que pudiera deducirse a primera vista de algunos de los datos, la situación no es "ni tan buena, ni tan mala, sino regular" —como hace un rato dijo no recuerdo quién.

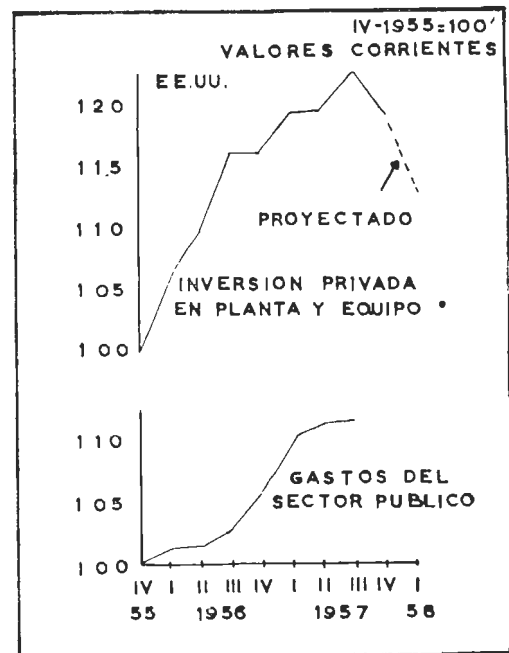
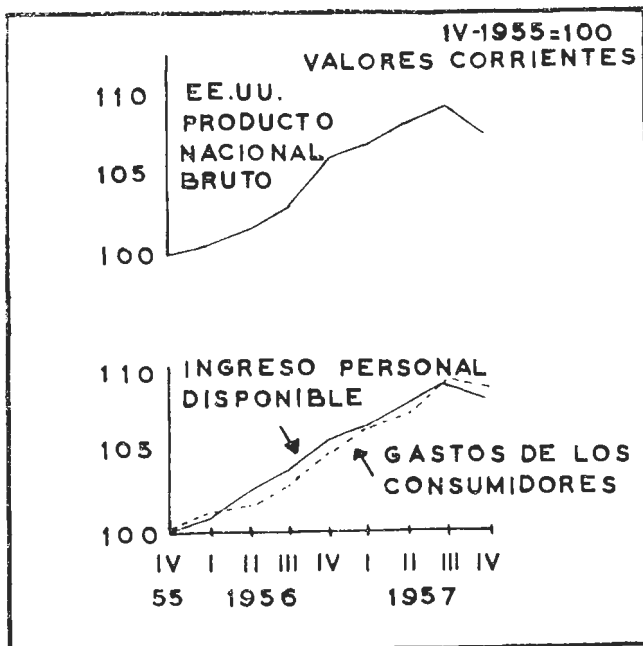
¹ Sobre lo expuesto en este párrafo, véase J. K. Galbraith, *The Great Crash 1929* (Nueva York, 1954), caps. X y XI. Este autor no descarta, sin embargo (en 1954), la posibilidad de una nueva especulación bolsística.

² Véase FAO, *The State of Food and Agriculture, 1957*.

ESTADOS UNIDOS: INDICES DE LA ACTIVIDAD ECONOMICA



ESTADOS UNIDOS: PRODUCTO NACIONAL BRUTO Y ALGUNOS COMPONENTES



PRECIOS INTERNACIONACIONALES DE PRODUCTOS PRIMARIOS

